

giendo en un único final. (Algo de todo esto ya había aparecido en *Tiempo perdido*, novela de 1997). Arpaia, editor y traductor de literatura española e hispanoamericana, narra, en capítulos prácticamente alternos, por una parte las aventuras y desventuras –más desventuras que aventuras– de un joven soldado republicano español, Laureano Mahojo, que ya casi octogenario es interrogado sobre Walter Benjamin, al que conoció en los últimos momentos de su vida, cuando él mismo se dedicaba al contrabando por los Pirineos. Por otra parte se nos cuenta el deambular del propio Benjamin desde que sale de la irrespirable atmósfera del Berlín de 1933 camino de París, huyendo del nazismo. Dos vidas que se anudan en un trágico final, dos vidas que –cada una a su modo– resultan épicas. Y verdaderamente que la de Benjamin es todo un viaje iniciático, que tiene en el sufrimiento su columna vertebral. Su mejor amigo, Gershom Scholem, seguramente lo vio así.

La novela se lee de un tirón. Está bien escrita, narra unas historias que desprenden emoción y aventura y, sobre todo, cuenta como personaje central con el atractivo moral e intelectual de alguien como Walter Benjamin, realmente fascinante. Y el lector no deja de percibir cierta afinidad –y digo cierta– con *Soldados de Salamina*, de Javier Cercas. Porque estamos ante una novela que se mueve entre el reportaje y el apunte

biográfico, hilvanada siempre por la memoria y por la nostalgia de lo ya perdido, del fracaso vital. El personaje Benjamin, en un momento determinado, dirá con palabras de Dostoievski: «He vivido, pero la vida no la he visto nunca. Me la han barrido como si fuera polvo». La literatura funciona aquí como una hermenéutica de la tragedia, como una redención que tiene en el texto –ese manuscrito que acompaña siempre a Benjamin en su cartera– su metáfora es real.

Según se avanza en la lectura se va imponiendo la lógica de la piedad. Piedad por los muertos y piedad por los vivos. Una piedad que es mucho más que una estética, y que nos hace trascender el lenguaje en el que se expresa Arpaia, para buscar más allá de las apariencias el sentido de unas vidas que bien pudieron ser así. Hoy como ayer el hombre se encuentra tantas veces desasistido, cara a cara con el dolor, con la contradicción, pendiente de ese Ángel de la Historia tan inescrutable como locuaz.

Cuentos de guerra, de Léon Bloy, edición, selección y traducción de Luis Cayo Pérez Bueno, El Cobre ediciones, Barcelona, 2002, 169 pp.

André Gide, en *Los monederos falsos*, escribió que sentía horror

hacia los sentimientos convencionales. Y no le faltaba razón. Hoy como ayer tanto en el mundo de las ideas como en el de la vida, se desarrolla una insufrible monotonía, un tedio atroz, que se manifiesta entre otras cosas en un considerable aburguesamiento intelectual que nos paraliza casi del todo la imaginación. Pero no fue así en Léon Bloy (1846-1917), el autor de estos cuentos extraordinarios. Este «bohemia vuelto a lo divino», este anarquista católico que tronaba contra una sociedad –no muy distinta de la actual– donde la hipocresía, el materialismo y la usura eran los pivotes alrededor de los cuales giraba una buena medida el yo, significó un evidente punto de inflexión en la prosa francesa de finales del siglo XIX. Desde el romanticismo su obra se enmarca en una reacción que podemos llamar espiritualista, donde destacaron otros autores como Renan o Péguy. Amigo de Maritain y de Huysmans, el concepto que Bloy tiene de la literatura es decididamente reivindicativo. Su estética panfletaria y grandilocuente, veraz y vehemente, reivindica tozuda una ética que dignifique al ser humano. En sus novelas, diarios –tal vez lo más conocido de lo suyo–, cuentos y demás escritos se percibe muy bien esta reflexión.

Estos cuentos –que proceden de su libro *Sueur de sang*– se mueven todos ellos en el cruel ámbito de la guerra, donde la conducta del ser

humano se extrema y es puesta a prueba. El dolor, la soledad, la tortura se ven redimidos siempre por el amor a Francia, por lo trascendente, por ese inmenso fondo de dulzura que ya Rubén Darío señaló en su libro *Los Raros* –cuyo texto sobre Bloy sirve de prólogo a este precioso volumen– como característica muy personal del autor francés. Los desastres de la guerra producen monstruos, pero también despiertan actitudes heroicas nunca sospechadas. En el cuento «Una francotiradora» nos dirá que la guerra es en sí misma un caos de inverosimilitudes, la historia de los asombros humanos. Léon Bloy persigue sin duda una intención ejemplarizante, que repercute hasta físicamente en el ánimo del lector. Esta conmoción nos devuelve una imagen más real y más nítida de la naturaleza humana.

Guillermo Urbizu

Obras completas XIX. Retratos y biografías IV, Biografías de escritores (1930-1953), Ramón Gómez de la Serna, ed. Ioana Zlotescu, prólogo Juan Pedro Quiñonero, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2002.

Creo puede decirse que de todos los volúmenes de la admirable edición de Zlotescu de las obras com-

pletas de Ramón, éste es el más impresionante testimonio de la capacidad de un genio creador de comprender y retratar, con su originalidad propia basada en la greguería y la evocación de la imaginación pura, a otros genios literarios. Ramón los comprende con ternura y humanidad en un retrato psicológico de profundas dimensiones, que nos aportan un vaciado de la estructura interna del cerebro del escritor que analiza, al mismo tiempo que nos ofrece una riquísima gama de registros imaginativos, propios de su arte inigualable, el arte de Ramón.

Debo decir que de todos los textos del prolífico, genial Ramón, quizás los que prefiero son sus escritos biográficos, y entre ellos los que se contienen en este volumen: los que dedica a Azorín, Carolina Coronado, Valle Inclán, Lope de Vega, Poe y Quevedo. A esperar el volumen que contenga la impresionante biografía de Oscar Wilde, que nos habla del desenlace dramático de la vida de un esteta.

Hay en estas biografías una profunda comprensión del personaje, basada en rica documentación histórica, que queda oculta tras las abundantes salvas y bengalas de los recursos imaginativos con que se les aborda. También contiene valiosos detalles intrahistóricos, por ejemplo sobre Espronceda y su relación con Teresa.

Estas biografías eran textos muy difíciles de conseguir en librerías de

viejo. Van desde la visión profunda y próxima que ofrece de Azorín, hasta la divertidísima, llena de anécdotas increíbles, que dedica a su amigo Valle; o las tremendas páginas —de singular valor— que dedica a Quevedo, detallando el tema de la muerte en este autor con una profundidad que desmiente a quienes han considerado a Ramón como un superficial y caprichoso escritor. Contrasta la visión metafísica de Quevedo obsesionado por la muerte de su propia visión hedonista y lúdica de la vida. Es el contraste entre el mundo antiguo y el moderno. Pero Ramón salva la distancia, se introduce en el cerebro y los sentimientos del escritor barroco, y nos ofrece un texto espléndido; desde la perspectiva de su estilo personalísimo y único siempre. Todo ello entre una lluvia de sugerencias e intuiciones riquísimas, por ejemplo cuando habla de la ingenuidad de la España imperial (p. 1062-3).

Ramón transmite en estas biografías lo mejor de sí mismo, porque frente a lo que ocurre en sus textos narrativos, que son pura ficción imaginativa basada en las greguerías y los aciertos de lenguaje, aquí se fundamenta en la personalidad de un genio real, su arte gira en torno a una verdad, la de los escritores que estudia, recreando su mundo con profundidad. Todo ello con el estilo propio de Ramón, con sus hallazgos imaginativos, con sus destellos de lenguaje y metáforas.

Pero es el Ramón más humano el que aparece en estas páginas, porque se basan en la comprensión también humana de otros personajes verdaderos.

En fin, textos rarísimos que se han recuperado para la posteridad. Quizás el más valioso de los volúmenes de esta espléndida edición de las obras completas de Ramón, que cuida amorosamente Ioana Zlotescu, a quien sólo cabría hacer el afectuoso reproche de haber hecho unas notas finales excesivamente sucintas, cuando el tratamiento de estos temas hubiera permitido una erudición más amplia. Nada de fondo que objetar sin embargo para esta admirable empresa de recuperar a Ramón para la posteridad. Máxime teniendo en cuenta que nuestro autor no llegó a ver en vida publicada sus obras completas. En definitiva, un libro para disfrutar.

Diego Martínez Torrón

Sigfrido, Harry Mulisch, traducción de Isabel Clara Lorda, Tusquets, Barcelona, 2003, 198 pp.

El escritor holandés Harry Mulisch (1927), sorprende cuando con rotunda seguridad confiesa que «escribe libros estupendos» y cuando, no sin cierta ironía, no sólo sos-

tiene que sus colegas son, en general, unos «depresivos aburridos», que leyó de todo «hasta los 30 años y luego paré. Ya me había formado una idea de lo que valía la pena saber / .../ Lo que leo son ensayos, ciencia, análisis de todo tipo», si no que ha calificado el Premio Nobel de Literatura, al que ha sido candidato varias veces, de «sueño de juventud». Es uno de los escritores más galardonados de los Países Bajos, con obras tan significativas como: *Dos mujeres*, *El atentado*, *El descubrimiento del cielo* o *El procedimiento*, todas ellas traducidas por Tusquets. Hay que decir que Mulisch posee una enorme capacidad literaria camaleónica, faceta que le permite tratar temas diferentes (la moral, la metafísica, la ciencia) y géneros (es poeta, ensayista y novelista) de tal manera que el asombro está asegurado.

Sigfrido es una reflexión en torno a la figura de Hitler, un personaje que ha perseguido al escritor como lo prueban los siguientes libros: *El asunto 40-61* (1961), reportaje acerca del proceso Eichman; *El futuro de ayer* (1972), un ensayo sobre Hitler y *El atentado* (1982). Esta obsesión se explica por el hecho de que el padre de Mulisch colaboró con los nazis en la Holanda ocupada –dato que no oculta– pero que permitió salvar a su madre, judía, de la cámara de gas. No hay que olvidar, por otro lado, que cuando estalla la II Guerra Mundial,